



## Casas Móviles Para Viajar por la Tundra

Durante el breve verano, las partidas de cazadores recorrían las planicies sin árboles de Beringia en busca de grandes animales. Cada vez que llegaban a una zona especialmente prometedora, como algún lugar donde se reunieran los caribús, hacían lo que habían hecho sus antepasados antes que ellos en Siberia, y construían sus toscas casas semisubterráneas, parcialmente hundidas en el suelo para protegerse del frío y el viento.

Se construían estas casas cavando un hueco en el suelo como de un palmo de profundidad y por lo menos dos metros de diámetro, y se levantaba sobre esta cavidad una armazón de palos o huesos de mamut. Se colocaban pieles y cueros sobre la armazón, se ataba ésta con correas al suelo y se lastraba la parte inferior con piedras, tierra o terrones herbosos que ayudaban a que no entrara el viento. Se cubría con pieles todo el piso, menos un espacio del centro dedicado al fogón. Pero no era posible evitar que entraran los enjambres de mosquitos nacidos en los miles de lagunas y lagos de Beringia, y los cazadores tenían que usar a menudo sus vestidos de cuero todo el día para que no se los comieran vivos los insectos.

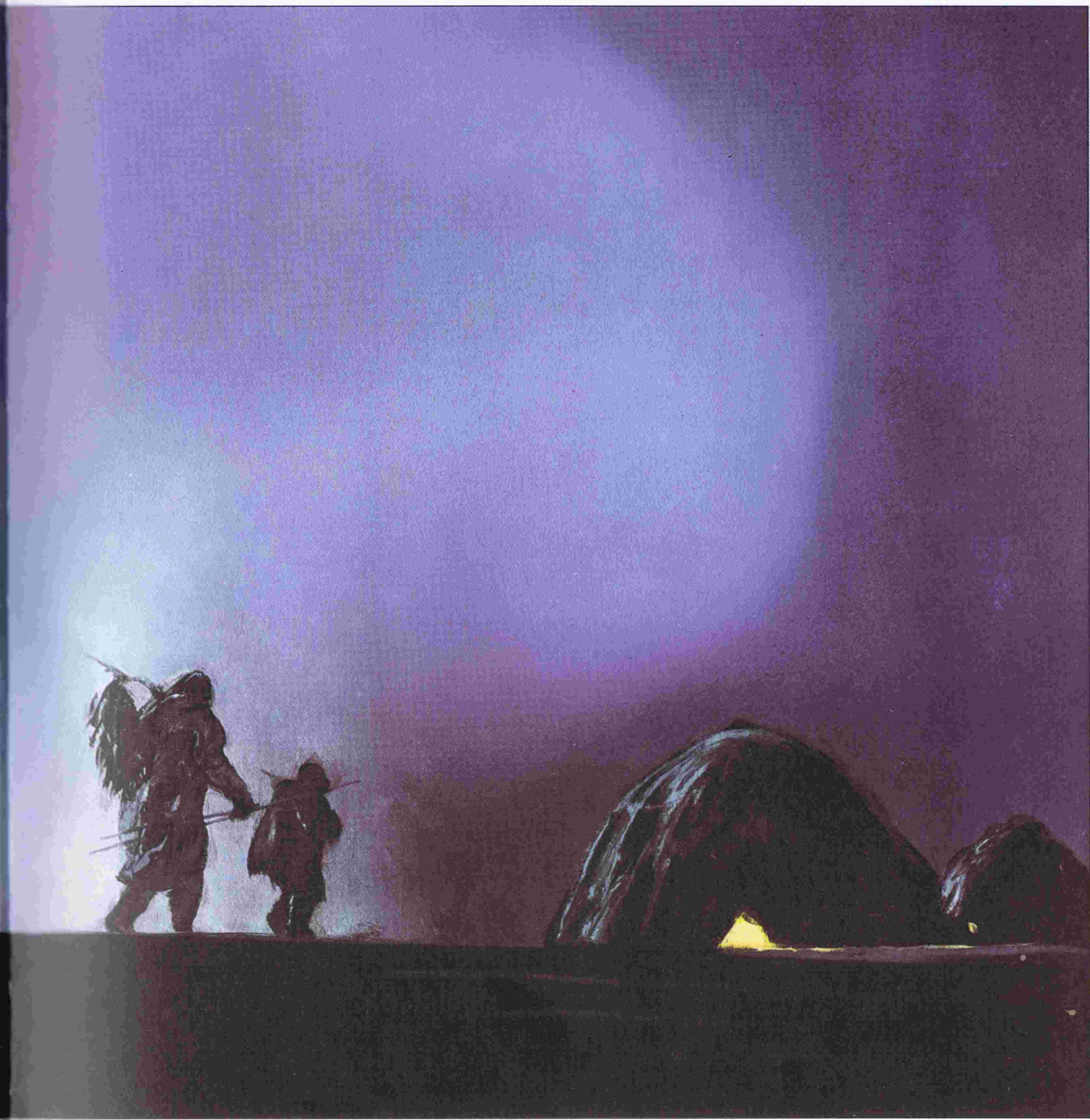
Estas viviendas podían desarmarse rápida y fácilmente, y sus soportes, junto con los cueros y la comida, se enrollaban para transportarlos al siguiente lugar donde acamparan. Sólo al acercarse el invierno terminaba su vagabundeo; entonces, los cazadores se establecían en un sitio protegido para acumular reservas de carne y esperar en el penetrante frío.

*Al acampar, un hombre envuelve con un cuero de bisonte el marco de una casa semisubterránea, y dos mujeres fijan con piedras el borde inferior*

*Otra mujer asa carne, y una cuarta raspa la piel de un caribú acabado de matar.*



*La trémula iridiscencia de la aurora boreal ilumina la silueta de los cazadores que traen sus presas a sus casas. Un cazador carga sobre*



*la espalda un antílope de la estepa; el otro lleva lagópedos colgados de un palo. Los acompaña un chico que está aprendiendo a cazar.*

## El Caribú: Comida de los Beringenses

Después del largo y oscuro invierno de Beringia, durante el cual la temperatura se mantenía por debajo del cero varias semanas seguidas y el viento soplaba, implacable, desde el norte, nada podía ser más agradable para los hambrientos cazadores que ver al caribú que regresaba a sus territorios de cría en la primavera. Formando largas y vacilantes filas, estos animales migratorios volvían año tras año, como si acudieran a una cita, de sus refugios invernales en las montañas de Alaska y Siberia.

Quizá más que ningún otro animal, el caribú era esencial para la supervivencia de los beringenses. Sus centenares de miles de cabezas proporcionaban una gran diversidad de productos: carne deliciosa y grasa para la comida, cueros para hacer vestidos, tendones para los hilos, y huesos y astas con que los cazadores hacían casi todo, desde raspadores de pieles hasta agujas.

El pelaje invernal del caribú era especialmente deseable: suave y afelpado, con él se hacían prendas cómodas y calientes. Lo que los cazadores no podían haber sabido es la causa de que las pieles fueran tan calientes: el pelo del caribú, a diferencia del de casi todos los animales, tiene espacios huecos microscópicos que impiden la pérdida del calor, por lo que hacen de la piel uno de los mejores aislantes de la Naturaleza.



Unos cazadores, disfrazados de caribús, preparan el ataque contra una manada que emigra

hacia sus terrenos de cría. Caminando contra el viento, podrán acercarse y matar algunos de los animales antes de que huyan los demás.



Un lagópedo, con su plumaje de verano, empolla en su nido. Los forrajeadores, sin advertir su presencia, recogen semillas.



Al descubrir un criadero de leones marinos, los cazadores atacan dos crías que se han separado de sus madres.

Beringia ofrecía a las bandas de cazadores que vivían en ella una diversidad de alimentos. Para los que moraban cerca de la costa había leones marinos, focas y morsas, peces y moluscos, y aves acuáticas de todas clases, cuyos huevos, en la primavera, han de haber paliado la monotonía de la alimentación de carne. Tierra adentro, el alimento principal eran el caribú, el bisonte, el caballo y el mamut, que podían variarse en el verano con raíces, plantas y bayas.

Un bocado que se podía conseguir todo el año era el lagópedo, ave rolli-

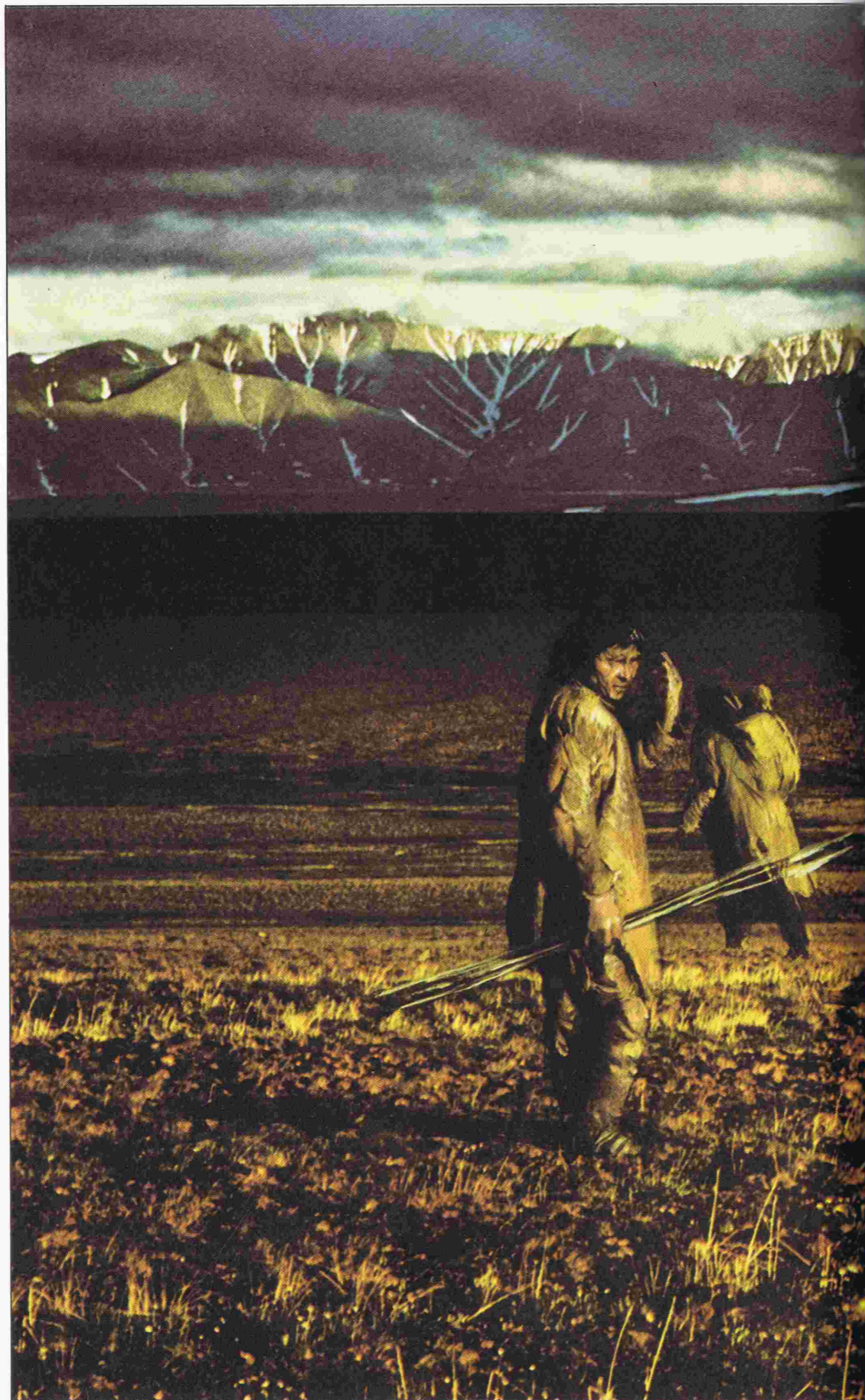
za que todavía habita en Alaska y cambia de plumaje con las estaciones: en el verano es de color rojo moteado, pardo y ocre (*izquierda*); en el invierno, blanco. A pesar de su disfraz, es fácil capturarlo. Confiado en su invisibilidad, se queda quieto en su nido y deja que se acerquen los animales de presa, y entonces camina pavonándose a fin de alejarlos de sus huevos o de sus crías. Para los beringenses, este comportamiento traicionaba la cercanía del nido, y podían apoderarse fácilmente de los huevos o echar mano del propio pájaro.

## Primeros Pasos en una Tierra Virgen

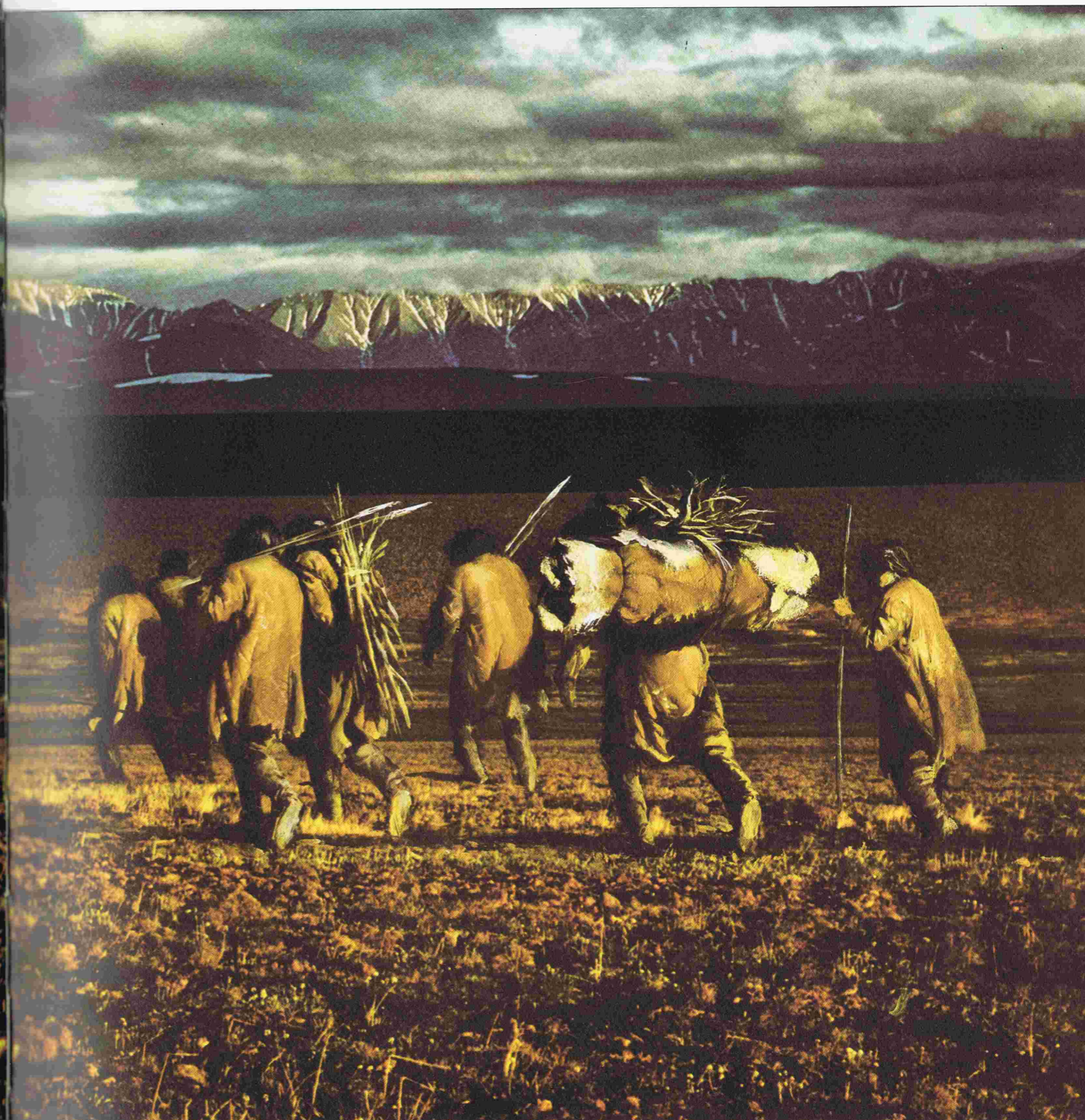
Nadie sabrá nunca exactamente cuándo fue que los cazadores de Beringia pusieron por primera vez la planta del pie en el suelo de Norteamérica, pero de seguro ha de haber sido una pequeña partida de hombres, como la de la ilustración, que, avanzando en busca de piezas de caza, sin darse cuenta de ello descubrió América.

El hecho de que dependieran de animales que formaban manadas los condujo al Nuevo Mundo. El caribú, el bisonte y los caballos no podían sobrevivir al invierno en Beringia, en parte porque era muy frío, pero, sobre todo, porque la nieve y el hielo cubrían casi todas las plantas que les daban sustento. En el otoño, los animales emigraban al este y el oeste, y encontraban tanto en Siberia como en Alaska valles abrigados y zonas boscosas donde podían vivir hasta que llegaba la primavera.

Los hombres los seguían. Algunas bandas han de haber dejado la planicie de Beringia para aventurarse en la formidable cordillera de Brooks, en Alaska (*derecha*). Las huellas que dejaban las manadas en el suelo les indicaron el camino por el que podían pasar a los valles abrigados, y los valles, a su vez, hicieron que los cazadores siguieran adelante, internándose en el continente virgen.



Camino a Norteamérica, una pequeña banda de cazadores contempla las montañas de Alaska, que



se ven azules a la débil luz de fines del verano. Pasarán el invierno en los valles antes de seguir, buscando nuevos campos de caza.